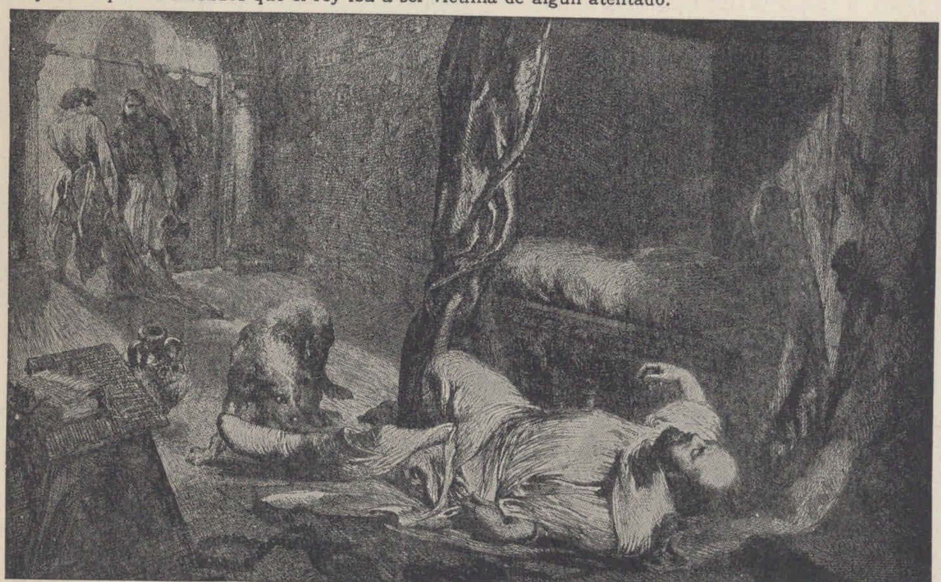
CORONACIÓN Y MUERTE DE GUILLERMO EL CONQUISTADOR

Guillermo el Conquistador fué coronado rey de Inglaterra en la Abadía de Wéstminster, en Londres, después de la batalla de Hastings. Inmediatamente de terminada la ceremonia, las tropas normandas promovieron un gran alboroto, porque, al oir los gritos y aclamaciones que sonaron en la Abadía, creyeron aquellos soldados que el rey iba a ser víctima de algún atentado.



Guillermo había permanecido por espacio de veinte años en Inglaterra, cuando hubo de visitar la Normandía, invadida a la sazón por barones franceses. Un día, cabalgando en una calle de Mantes, su caballo le despidió de la silla. Muy mal herido, fué el soberano trasladado a Ruan, y murió en un monasterio. Apenas difunto, sus servidores le abandonaron, robándole cuanto llevaba consigo.

LA HISTORIA DE INGLATERRA

LOS normandos dejaron marcada su huella en Inglaterra, y aun perdura su influjo en la vida inglesa de hoy. Sucedió al Conquistador su hijo Guillermo el Rojo al cual siguieron Enrique I y Enrique II. Luego vino Ricardo Corazón de León, que casi siempre estuvo ausente del reino, guerreando. Tras él ocupó el trono Juan, monarca odioso, cuyo reinado es, con todo, importante porque en él dió comienzo el poder efectivo del pueblo. Los barones obligaron a Juan a firmar la Carta Magna, que dió a Inglaterra libertad y leyes justas. Enrique, hijo de Juan, subió al trono a los nueve años de edad y en su reinado dió el pueblo otro paso hacia adelante, instituyendo el Parlamento, el Gran Consejo popular, que ha ido creciendo en importancia hasta ser en nuestros días el supremo poder de la nación. Luego empiezan las tentativas de los reyes de Inglaterra encaminadas a obtener la anexión de Escocia y las guerras con Francia, que se libra de caer bajo la dominación inglesa gracias a la admirable intervención de Juana de Arco; y poco después estalla la lucha por la corona, llamada « la guerra de las dos rosas », que ensangrentó el país por espacio de treinta años.

LA CONQUISTA DE LAS LIBERTADES INGLESAS Y LAS GUERRAS DE EXPANSIÓN Y DINÁSTICAS

LA canción de gesta con que el juglar Taillefer, blandiendo su espada y haciendo caracolear su caballo al frente de las huestes de Guillermo, glosaba las estupendas hazañas de Roldán y Carlomagno, y enardeciendo el pecho de aquellos bravos normandos, llevábalos a obtener el triunfo de Hástings, estaba escrita en francés; y cuando dos meses más tarde, el día de Navidad, preguntó el arzobispo a los congregados en la abadía de Wéstminster si el pueblo quería que Guillermo fuese coronado rey, habló, ante todo, en dicho idioma. De él se valieron numerosos autores en sus escritos, por ser el que usaban el rey y su corte y la mayor parte de las clases directoras de Inglaterra; en él se trataban los asuntos judiciales y los que se discutían en la Asamblea de notables que colaboraban con el monarca en el gobierno del país; y no es otra la lengua en que está escrita la historia de la conquista normanda, que se conserva en el Museo Británico.

Pero el lenguaje que hablaron Beda y Alfredo no había muerto del todo, y poco tardó en dar señales de vida: lentamente, por grados casi insensibles, fueron renaciendo y cobrando algunos bríos los ingleses y su idioma; casáronse normandos con inglesas, y naturalmente, sus hijos y sus nietos hablaron ambos idiomas. Así fué, poco a poco, desapareciendo el uso del francés en Inglaterra, aunque no sin dejar en el inglés huellas tan duraderas, que el lenguaje hablado hoy en la Gran Bretaña contiene buen número de voces de importación normanda.

LOS RECUERDOS DE LA CONQUISTA NORMANDA

Entre otras reliquias que quedan de la conquista normanda figuran las sólidas torres cuadradas, o atalayas que se yerguen, no sólo en las riberas del Támesis sino en Nórwich, Róchester y otras partes.

Además de la hermosa capilla normanda de la Torre de Londres, que en otro lugar citamos, existen en Inglaterra y en el sur de Escocia numerosos ejemplos de los redondos arcos y las preciosas molduras que llevan impreso el sello de lo que en arquitectura se llama estilo normando.

Algunas abadías y catedrales restauradas a su tiempo, subsisten todavía; otras están en ruinas y se nos muestran sin techos e invadidas por la hiedra, que se extiende a lo largo de sus casi derruidos muros. Si de Inglaterra pasamos a Normandía, hallaremos muchas más de esas construcciones en el antiguo solar de los normandos; en Caén, donde el Conquistador yace

enterrado y de donde se llevó a Londres la piedra con que se edificó la antigua catedral de San Pablo; en Bayeux, donde se guarda la famosa tapicería; en Ruán, la antigua capital de Normandía; y en cien lugares más, que por falta de espacio no citamos.

EL DARDO QUE CAUSÓ LA MUERTE A UN REY. —ENRIQUE I, EL PROTECTOR DE SU PUEBLO

Cierto noble, apellidado Tyrrel, hallándose cazando, a principios del siglo XII, en el New Forest con el hijo del Conquistador, Guillermo Rufo o Rojo, llamado así por el color rojizo de sus cabellos, disparó una flecha con que fortuita o intencionadamente (que esto jamás se ha sabido), dió muerte al rey, y horrorizado de su acto, y conociendo el peligro que corría, huyó a buscar refugio en Normandía. Nadie sintió la muerte de Guillermo el *Rojo*, a quien el pueblo inglés tenía muy poco que agradecer.

Sucedió a Guillermo II su hermano Enrique I, llamado *el Sabio* (en francés *Beauclerc*, renombre que se le daba por su afición al estudio), quien comenzó su reinado otorgando al pueblo una carta, en que prometió deshacer los yerros del gobierno de su hermano y observar las leyes de Eduardo y de Alfredo, y más tarde acabó de captarse la estimación general por su matrimonio con la hija de la reina Margarita de Escocia, descendiente de la antigua real familia de estos soberanos.

La reina Matilde (o *Maud*, como la llaman siempre los ingleses) que era una excelente mujer, como su madre, ayudó a su esposo en la difícil tarea de gobernar con acierto, y con su colaboración abatió Enrique el poder opresivo de los nobles y se constituyó en protector de los derechos del pueblo. Todo parecía prometer a este monarca un porvenir muy dichoso, cuando el único hijo que tenía, Guillermo, de edad de diez y ocho años, pereció ahogado en el Canal al regresar de Normandía, adonde su padre le había llevado para que recibiese el homenaje de los barones de este ducado, como presunto sucesor de la corona. Desde entonces Enrique vivió sumido en perpetua tristeza; y aunque los nobles prometiéronle aceptar por reina a su hija Matilde, cuando él muriese, fué su sobrino Esteban el que luego subió al trono.

ESTEBAN Y MATILDE

Esteban y Matilde disputáronse largo tiempo la corona, y, con tal motivo, se guerreó con encarnizamiento. Consecuencia de ello fué que los barones comenzaran a construir fortalezas y a apoderarse de la propiedad privada, saqueando el país, hasta el punto de anular y destruir del todo la obra regeneradora de Enrique. Las tierras pronto quedaron incultas y la miseria y el hambre vinieron a agobiar a la vez a opresores y oprimidos. «La tierra no da pan—nos dice la *Crónica Anglosajona*, que acaba en este período,—y tanto valdría querer cultivar el mar como los campos estériles y yermos, sobre los cuales parece haber caído la maldición divina».

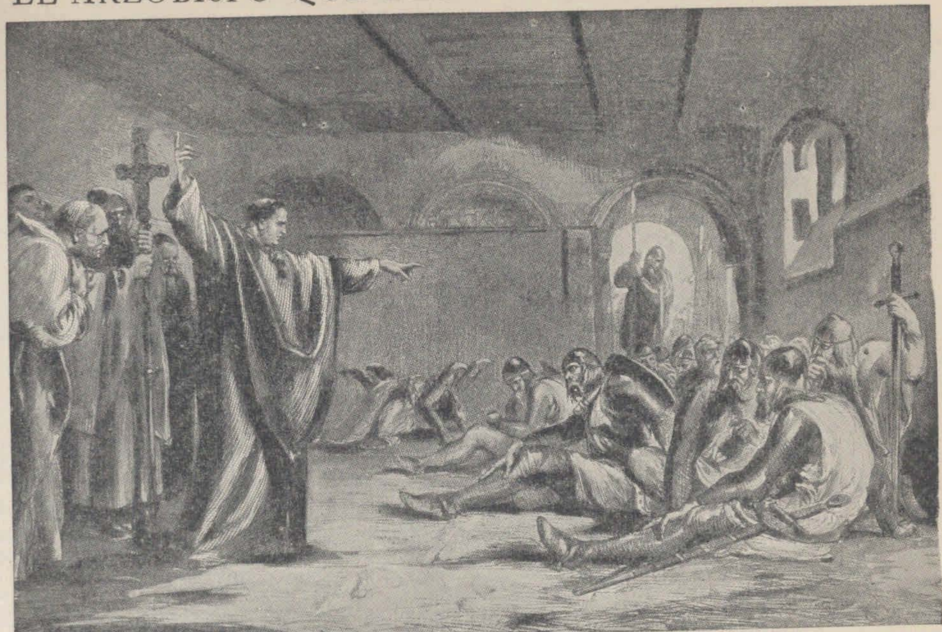
El rey David de Escocia, que era tío de Matilde, aprovechóse de esta circunstancia para declarar la guerra a Esteban, y libró con él en Northállerton (Yorkshire) la famosa batalla del Estandarte. Venció Esteban, pero éste no sacó mucho provecho del triunfo, porque el rey de Escocia conservó en su poder el Cúmberland, sin que Esteban reclamase ser su legítimo dueño.

ENRIQUE II, EL PRESENTE DEL PAPA Y EL HORRIBLE SUCESO DE LA CATEDRAL DE CANTÓRBERY

Al morir Esteban, subió al trono el hijo de Matilde, que reinó con el nombre de Enrique II. Casado con Leonor de Guyena, heredera de tres hermosas provincias de Francia, y siendo él por derecho propio duque de Normandía y soberano de Bretaña, vió extenderse sus dominios desde el norte de Inglaterra hasta los Pirineos.

Después de restablecer el orden en Inglaterra, demoliendo fortalezas y restaurando el poder judicial, obligó al rey de Escocia a restituir los condados de Northumberland, Cúmberland y West-

EL ARZOBISPO QUE DESAFIÓ EL PODER DEL REY



Tomás Becket, arzobispo de Cantórbery, sostuvo una larga contienda con Enrique II. En cierta ocasión, el rey se dejó llevar de la ira, y dijo que desearía verse libre del arzobispo. Cuatro caballeros marcharon en el acto a Cantórbery, y aquí vemos cómo discuten con Tomás en su palacio, situado detrás de la catedral.

Como el arzobispo no cediera a las exigencias de los caballeros, éstos le amenazaron con la muerte. Tomás huyó a la catedral de Cantórbery, y fué a buscar refugio ante un altar, pero ellos le siguieron y asesináronle. La escalera que conduce a la cripta donde fué enterrado el cuerpo del arzobispo, esta desgastada por las rodillas de los peregrinos que acudieron a orar sobre su tumba.

moreland, todo el sur de las montañas Cheviot, e intentó hacerse dueño de Gales y de Irlanda, con escaso resultado. El único inglés que hasta la fecha ha ocupado el solio de San Pedro, el Papa Adriano IV, que vivió en aquel tiempo, hizo a Enrique donación de Irlanda; pero los irlandeses no consintieron en ser súbditos ingleses; y, aunque Enrique logró imponer hasta cierto punto su autoridad en la parte de Irlanda próxima a Inglaterra, siguieron las cosas como hasta allí, con poca diferencia.

Ocupaba a la sazón la silla metropolitana de Cantórbery un arzobispo llamado Tomás Becket, el cual tuvo rencillas con el rey sobre ciertos asuntos eclesiásticos y principalmente sobre el modo cómo habían de castigarse los delitos del clero, cuestión que dió origen a las famosas *Constituciones de Clarendon* que el monarca hizo firmar a los obispos y que luego fueron rechazadas por el Papa Alejandro III. Cierto día Enrique, hallándose en Normandía, dijo en un rapto de ira que deseaba verse libre del odioso arzobispo, y hubo cuatro hombres que, tomando al pie de la letra sus palabras, pasaron a Inglaterra y asesinaron a Becket, en la propia catedral.

Tomás fué considerado como verdadero mártir; y a su tumba acudieron a orar durante largos años multitud de peregrinos.

El rey no obtuvo perdón hasta que descalzo y desnuda la cabeza, fué a la capilla a prosternarse ante los restos del santo y reuniendo el capítulo de los monjes hizo que le azotasen por turno las espaldas.

Antes de morir, dividió Enrique sus extensos dominios entre sus hijos; y ello dió lugar a odiosas contiendas de familia, cuyas consecuencias no tardó en sufrir él mismo. El día en que vió el nombre de Juan, su hijo más querido, en la lista de sus enemigos, recibió un golpe muy rudo; y maldiciendo a su ingrata prole, se retiró al castillo de Chinón, donde su vida, minada por los pesares, no se prolongó ya mucho.

RICARDO EL CRUZADO

Sucedióle su hijo Ricardo I, llamado *Corazón de León*, y en los diez años que reinó estuvo ausente la mayor parte de ellos, siendo su esposa la única reina de Inglaterra que no llegó a pisar el suelo británico.

Los Santos Lugares, regados con la sangre redentora del Salvador, habían caído en manos de infieles; y todos los cristianos de Europa resolvieron organizar expediciones contra ellos, a fin de rescatar tan preciado tesoro. Ricardo se incorporó a la tercera Cruzada (como esas guerras se llamaron) y necesitando para ello grandes sumas de dinero, esquilmó a su pueblo, haciéndole víctima de violentas exacciones y hasta vendió al rey de Escocia los derechos adquiridos por su padre en un tratado, por el cual el rey escocés, Guillermo *el León*, había reconocido la soberanía de Enrique II sobre su reino. Todo el dinero de Inglaterra se dedicó a pagar las « santas » guerras de Ricardo, así como a rescatar su persona de manos de Leopoldo, duque de Austria, cuando éste le hizo prisionero.

En otro lugar de esta obra se refiere la muerte de Ricardo, causada por una flecha que le disparó el arquero Bertrand de Gourdon, en Francia, desde una almena del castillo de Chalus, y la escena en que el valeroso rey, incorporado en su lecho de muerte, otorgó el perdón a su enemigo.

JUAN SIN TIERRA.—EL INTERDICTO Y « LA CARTA MAGNA »

Muerto Ricardo, subió al trono su hermano Juan *Sin Tierra*. Difícil es referir algo bueno de este rey; según parece fué cruel con todo el mundo y no tuvo ni un amigo. Poco tiempo llevaba de reinado, cuando perdió no sólo la Normandía, cuyo título ducal dejaron de ostentar los reyes de Inglaterra, sino los otros territorios de Francia que habían pertenecido a su madre.

Una de sus más violentas contiendas la libró Juan I con el Papa, que a la sazón era Inocencio III. Por no aceptar

EL REY JUAN FIRMA «LA CARTA MAGNA»

Juan I fué un mal rey, y su gobierno ocasionó en Inglaterra tales revueltas, que los barones y obispos le obligaron a firmar la Carta Magna, en que prometió al pueblo respetar sus derechos. En una pequeña isla del Támesis, cerca de Windsor, llamada Runnymede, o isla de la Carta Magna, firmaron este documento el rey y los barones.

para arzobispo de Cantórbery al cardenal Lángton, elegido por el pontífice, éste lanzó contra Inglaterra un *interdicto*, en cuya virtud habían de cerrarse las iglesias y quedar en suspenso todo servicio del clero; excomulgó al rey, eximiendo al pueblo del juramento de fidelidad; y, como Juan persistiera en su obstinación, Inocencio le depuso y ofreció su trono al rey de Francia, que era entonces Felipe II Augusto. Juan, en vista de ello, varió súbitamente de conducta; recibió al arzobispo, restituyó los bienes eclesiásticos de que se había incautado y para mostrar su sumisión a Inocencio, se humilló hasta el punto de poner su corona en manos del legado pontificio y recibirla de él, como don del Papa.

El único fruto que Inglaterra cosechó del odioso reinado de Juan I, fué la famosa *Carta Magna*, que, obligado por los barones, firmó el rey, en la cual prometió al pueblo ciertos derechos que le permitirían vivir bajo un régimen de libertad y buen gobierno. La Carta Magna, que puede considerarse como piedra angular del edificio de la libertad inglesa, estaba fundada en la carta que Enrique II otorgó al pueblo cuando ocupó el trono, la cual, a su vez, tenía por base las leyes de Eduardo *el Confesor* y de Alfredo. Entre las promesas que en ella se hacían, figuraban estas dos:

1. *El rey no exigirá tributos al pueblo sin el consentimiento del Gran Consejo.*

2. *Nadie será castigado por delito alguno sin sentenciarle en juicio, con arreglo a las leyes del país.*

Firmóse el célebre documento en una isla del Támesis, cerca de Windsor, llamada de Runnymede (y también desde entonces « isla de la Carta Magna ») donde Juan reunió a los barones y dominando a duras penas el despecho y la rabia de que estaba poseído, estampó su real sello al pie de las promesas que él se obligó a cumplir en aquel acto. Juan se vengó de esta humillación pidiendo al Papa que anulara la « Carta Magna » y atrayendo al país feroces hordas de soldados extranjeros, que lo llevaron todo a sangre y fuego.

De pronto tuvo fin todo este estado de cosas. Habiéndose perdido al cruzar el Wash en cierta ocasión el largo tren de carros y camiones que conducían los cuantiosos tesoros del rey, fué tan penosa la impresión recibida por éste que contrajo una fiebre alta que lo llevó al sepulcro, a los dos días, acabando así su turbulento reinado.

ENRIQUE III, SIMÓN DE MONTFORT Y LA INSTITUCIÓN DEL PARLAMENTO

El joven Enrique, muchacho que entonces sólo contaba nueve años, sucedió a su padre, Juan, y a poco de morir éste fué coronado en la Abadía (la célebre abadía normanda del *Confesor*), que el nuevo monarca reconstruyó conforme al estilo de la época.

Se ha dicho que el resultado más provechoso del largo reinado de Enrique III, fué la devolución de Inglaterra a los ingleses. Así pudo cantar un poeta, que vivió a fines de este período:

Inglaterra, deshechos los nublados,
De libertad vislumbra ya la aurora;
Con orgullo alzan ya la frente ahora
Los ingleses ayer menospreciados.

Recordaremos que Guillermo el *Conquistador* se constituyó en dueño y señor del territorio, lo dividió a su placer, y cuando necesitó dinero obligó al pueblo a darle cuanto exigió. Dos centurias más tarde, cuando Enrique III quiso arbitrar recursos con que atender a sus necesidades de gobierno y también a sus caprichos, el pueblo fué ya lo bastante fuerte para negarle su ayuda, si no prometía antes respetar la Carta Magna y gobernar con arreglo a las leyes del país. En la empeñada contienda que el rey hubo de librar con sus súbditos, desempeñó el papel principal el gran patriota Simón de Montfort.

El rey venía haciendo al pueblo promesas y más promesas, sin ánimo de cumplirlas. Cierto día llegó al Gran Salón de Wéstminster donde estaba Enrique, una vistosa procesión de obispos y sacerdotes con hachas encendidas, y de pie en torno de él, le hablaron aquellos hombres con enérgico lenguaje, de lo que le ocurriría al rey que

ENRIQUE III PROMETE OBEDECER LA LEY

Enrique III necesitó dinero para sostener sus guerras, pero el pueblo, antes de satisfacer sus demandas, exigió de él la promesa de respetar la Carta Magna, otorgada por Juan I. Una larga procesión de obispos y sacerdotes, llevando grandes hachas encendidas, llegó al Gran Salón de Wéstminster, donde aguardaba ya el rey. De pie en torno del monarca, aquellos hombres le hablaron con energía, previniéndole de lo que habría de ocurrirle al rey que atentase contra la libertad de la nación, y arrojando al suelo sus hachas, gritaron: « ¡Perezcan todos los que nos quiten nuestros derechos, como perecen estas luces! »

menoscabase la libertad y los derechos de la nación. Al terminar su discurso, arrojaron al suelo sus hachas, pronunciando estas palabras: «¡Muera quien atropelle nuestros derechos, como mueren estas luces!» El rey prometió solemnemente respetar las libertades del pueblo, pero pronto olvidó sus compromisos, y la lucha siguió más enconada, hasta que derrotado Enrique por Simón de Montfort y los barones en la batalla de Lewes, donde el rey y su hijo Eduardo fueron hechos prisioneros, el caudillo de la libertad logró instituir una asamblea que se llamó *Parlamento*, de la voz francesa *parler*, que significa *hablar*. En la nueva institución habían de tener entrada no sólo los obispos y barones, sino los caballeros de todos los condados y los burgueses de las villas y ciudades, cuya palabra era portavoz de los deseos del pueblo y aprobaba o condenaba el empleo del dinero que importaban los tributos. Aquí tiene su origen la actual Cámara de los Comunes del Parlamento inglés.

En esta época vivió el insigne pensador Roger Bacon, que escribió su *Opus majus*, o enciclopedia del siglo XIII, obra que habla muy alto en favor de las letras de Inglaterra en aquel tiempo, y los extensos conocimientos que en ella pone de manifiesto su autor valiéronle a éste el título de *Doctor admirable*, que la posteridad le ha confirmado.

El príncipe Eduardo, prisionero de Simón de Montfort, juntamente con su padre, al año siguiente de la batalla de Lewes logró fugarse, y derrotando en Evesham a su enemigo, que halló allí la muerte, hizo que Enrique III recobrase la libertad y reinase ya tranquilamente hasta el fin de sus días. Él, sediento de aventuras, incorporóse luego a una cruzada, acompañado de su esposa Leonor de Castilla, que tuvo empeño en seguirle a Palestina y participar de los peligros que pudiera correr.

PRIMEROS AÑOS DEL REINADO DE EDUARDO Y SUS LUCHAS CON LOS GALESES

A la muerte de Enrique III, acaecida luego, ambos esposos hubieron de regresar a Inglaterra, y el príncipe pasó a ocupar el trono de su padre.

En los comienzos de su reinado, Eduardo I tuvo que sostener una lucha tenaz con los galeses, a quienes se propuso someter. Como recordaremos, los antiguos britanos hallaron en sus hermosas montañas occidentales un refugio seguro y duradero que les permitió defenderse de romanos y sajones; y sus descendientes desafiaron desde allí cuantas tentativas se hicieron para anexar su territorio a Inglaterra. De cuando en cuando bajaban a efectuar correrías por tierras de los nobles ingleses comarcanos, a quienes robaban ganados, cosechas y todo cuanto podían, para volverse luego a sus montañas al verse perseguidos.

Pero Eduardo era hombre inteligente y resuelto, y al fin logró hacerse dueño del país de Gales y apropiarse la corona de Llewellyn, que fué el último príncipe galés. Cuando sus nuevos súbditos fueron a rendirle homenaje, el rey inglés les prometió darles para que los gobernase, un príncipe nacido en Gales, que no podría hablar francés, ni inglés y les presentó a su hijo, nacido en el castillo de Carnarvón días antes. Desde entonces el primogénito del rey lleva el título de príncipe de Gales.

CÓMO EDUARDO I INTENTÓ REALIZAR LA UNIÓN DE INGLATERRA Y ESCOCIA

Desde que subió al trono se esforzó Eduardo I por dar al pueblo buenas leyes y hacer que se administrase con equidad su real justicia; pero el ideal que acarició toda su vida, heredado de su bisabuelo Enrique II, fué reinar en la isla de la Gran Bretaña como único soberano.

Intentó en un principio unir los reinos de Inglaterra y Escocia por medios pacíficos, y para ello propuso el casamiento de su hijo con la *virgen de Noruega*, cuya madre era hija del rey escocés. Pero la joven Margarita, último miembro de su familia, murió al atravesar el bravío Mar del Norte, y este hecho torció el curso de los acontecimientos.

Al morir Margarita se entabló la

El rey Eduardo I obtuvo en Gales tales triunfos que todos los caudillos indígenas se le sometieron Deseando él captarse la simpatía del pueblo galés, reunió a los principales jefes y les dijo que tendrían por soberano un príncipe nacido en Gales. Entonces les presentó a su tierno hijo, nacido en el Castillo de Carnarvon.

contienda entre los que se disputaban la corona de Escocia, y Eduardo quiso erigirse en árbitro. Naturalmente, los escoceses se aprestaron a la lucha, dispuestos a frustrar los propósitos del monarca inglés, quien, en diez años organizó y llevó a efecto tres campañas en Escocia. No lejos de Dumbar, y a consecuencia de la toma de esta plaza, se rindió Juan Baliol al rey Eduardo, el cual se llevó a Londres la famosa piedra en que solían sentarse los reyes de Escocia cuando eran coronados, porque creían que aquella piedra era el símbolo de su independencia y que « dondequiera que se la colocase, su imperio estaba seguro ». En las cercanías de Stirling venció a las tropas ingleses Guillermo Wallace, el gran patriota escocés, cuyo recuerdo perpetúa un monumento, y en Falkirk fué luego derrotado por Eduardo, en cuyas manos cayó más tarde y pereció ejecutado.

ROBERTO BRUCE, EL REY HÉROE DE ESCOCIA. —EDUARDO II Y SU ABDICACIÓN FORZOSA

Muerto Eduardo I cuando se disponía a dar cima a su empresa con un golpe decisivo, se encargó de proseguir la campaña su hijo Eduardo II; pero el nuevo monarca, que carecía de las dotes guerreras de su padre, fué batido en Bannockburn por Roberto Bruce, el rey héroe de Escocia, que no sólo aseguró la libertad de su país, sino que lo enriqueció con los tesoros que el rey inglés abandonó en el campo de batalla.

Eduardo II, a causa del pernicioso ascendiente que sobre él ejerció su favorito Gáveston, habíase malquistado con el pueblo; y gobernó tan desacertadamente, que al fin sus súbditos le obligaron a renunciar la corona para colocarla sobre las sienes de su hijo, muchacho a la sazón de catorce años. Este fué Eduardo III.

EDUARDO III DA COMIENZO A LA GUERRA DE LOS CIEN AÑOS

Este monarca inauguró su reinado casándose con Felipa de Hainault y luego prosiguió la guerra con Escocia, cuyo territorio invadió una y otra vez y aun logró algunas victorias, hasta que Francia intervino en la contienda, prestando su ayuda a los escoceses. Entonces Eduardo se revolvió contra el nuevo enemigo, y alegando tener derecho, por parte de su madre, a ocupar el trono de Francia, declaró la guerra a Felipe de Valois. Así comenzó la lucha que en la historia se conoce con el nombre de « guerra de los Cien años », cuyas principales batallas sólo podremos mencionar a la ligera.

EL COMBATE NAVAL DE LA ESCLUSA Y LA BATALLA DE CRÉCY.—LA TOMA DE CALAIS Y EL RASGO DE LA REINA FELIPA

La primera de ellas tuvo por teatro a La Esclusa (Sluys) en las costas de Flandes (1340) y fué un combate naval en que los franceses perdieron doscientos treinta buques, dos almirantes y veinte mil marineros.

Seis años más tarde se dió en Francia la batalla de Crécy, en la que las flechas de los arqueros ingleses cayeron espesas como copos de nieve sobre el enemigo, y en las filas de éste se produjo tal confusión y desorden que su derrota revistió caracteres de desastre. El hijo primogénito de Eduardo, que a la sazón contaba diez y seis años escasos, se señaló notablemente en la triunfal jornada. El « Príncipe Negro », como la historia le llama a causa del color de su armadura, adquirió en la batalla de Crécy las tres plumas de avestruz con la divisa alemana *ich dien* (yo sirvo), que desde entonces ostentan en sus armas los príncipes de Gales. Aquellas plumas eran las de la cimera del casco de Juan, el bravo rey de Bohemia, que a pesar de su edad y su ceguera, hízose conducir a lo más recio del combate, donde halló la muerte con sus fieles caballeros.

A la batalla de Crécy siguió el sitio de Calais. Esta plaza, después de resistir once meses, tuvo que capitular; y el rey inglés, irritado por tan tenaz defensa, exigió que le entregasen seis ciudadanos principales, cuya muerte salvaría la vida de los demás. Cuando el abnegado Eustaquio de San Pedro y sus cinco compañeros de sacrificio comparecieron ante Eduardo con sendas cuerdas al cuello y le entregaron las llaves de la ciudad, el encolerizado monarca mandó

EL REY RICARDO II RENUNCIA SU CORONA

El rey Ricardo II se hizo impopular por querer gobernar sin Parlamento, y al fin se vió obligado a abandonar el trono, que inmediatamente pasó a ocupar Enrique Bolingbroke. En este grabado vemos a Ricardo haciendo entrega del cetro y la corona. Para justificar la renuncia hubo de firmar un documento en el cual declaraba que no merecía ser rey ya por más tiempo.

llamar al verdugo; pero la reina Felipa, echándose a sus plantas, intercedió por ellos, con tan sentidas razones, que logró ablandar el corazón de su esposo y salvar la vida de aquellos seis héroes.

LA MISERIA DEL PUEBLO Y EL HONOR DE UN REY CAUTIVO

Siguió la guerra; cruzaron el Canal soldados y más soldados que iban a morir fuera de su patria, y pronto faltaron brazos para cultivar los campos; comenzó ya a sentirse la miseria y alzarse por doquier la voz del descontento; y por si todo ello era poco, la famosa *peste negra*, cuyo soplo de muerte pasó por toda Europa, redujo a la mitad el número de habitantes de Inglaterra.

No era más satisfactorio el estado de Francia, con sus campos abandonados y yermos y sus ciudades en ruinas, los hombres absorbidos por la guerra y sus ajuares convertidos en botín de soldados ingleses.

En una gran batalla que el Príncipe Negro ganó en Poitiers logró hacer prisionero a Juan *el Bueno*. La historia nos refiere que el príncipe Eduardo trató al monarca vencido con gran respeto, poniendo a su disposición un magnífico caballo blanco mientras él montaba modesta cabalgadura, y permaneciendo luego de pie ante él en su propia tienda, sin querer tomar asiento en su presencia. Merecedor era de ello el honrado y caballeroso rey de Francia, que más tarde, cuando desde la corte de Eduardo pasó a su reino a recaudar la alta suma que los ingleses pedían por su rescate y no pudo reunir la cantidad exigida, volvió a constituirse prisionero, y hasta el fin de sus días vivió ya en Inglaterra.

El Príncipe Negro murió antes que su padre, dejando entre otros gratos recuerdos el de haber fomentado la fabricación de tejidos de lana en Inglaterra, llevando de Flandes obreros inteligentes y expertos que enseñaron a los ingleses a tejer las lanas de su país.

CHAUCER EL GRAN POETA Y EL REFORMADOR WICLEF

El cronista Froissart, que pasó mucho tiempo en la corte de Eduardo y de Felipa, nos ha dejado interesantes noticias de la época. En ella vivió Chaucer, el padre de la poesía inglesa, que alcanzó el reinado de Eduardo III y el de su sucesor. El lenguaje en que escribió es difícil de leer por lo mucho que ha cambiado el inglés desde aquel tiempo.

También vivió en el siglo XIV el reformador Wiclef, llamado « el primer protestante » porque provocó la protesta o manifestación contra lo que él juzgaba pernicioso. Wiclef dirigió la traducción de la Biblia al inglés; y entre los monumentos del texto sagrado puede verse en el Museo Británico un ejemplar de esta « primera Biblia completa en inglés » que perteneció a Tomás, el hijo menor de Eduardo III, el único que, según dice Froissart, estuvo presente en la muerte de Felipa.

LOS DISTURBIOS DEL PAÍS EN QUE REINABA UN MUCHACHO.—RICARDO EL REY NIÑO, CAPITANEA LAS TURBAS

Sucedió a Eduardo III su nieto Ricardo II, hijo del Príncipe Negro, el cual al subir al trono contaba sólo diez años. Aprovechándose de la escasa edad del monarca los grandes señores, especialmente los tíos del rey, sostuvieron frecuentes contiendas y llegó un día en que los campesinos, no pudiendo soportar por más tiempo la miseria y la opresión, se rebelaron contra este estado de cosas y marcharon sobre Londres, llevándolo todo a sangre y fuego. El rey, que cuando ocurrió esto tenía ya quince años, demostró gran valor, reuniendo a los amotinados y capitaneándolos él mismo, cuando el caudillo Wat Tyler cayó herido. Poniéndose al frente de la muchedumbre, gritó: « ¡Yo seré vuestro jefe y defensor! » Pero sus promesas quedaron incumplidas y el pueblo no mejoró de condición.

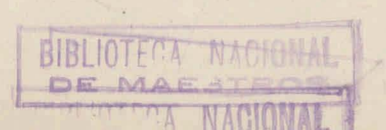
Ricardo hizo cuanto pudo por pacificar a Irlanda, pero sus disposiciones no tuvieron eficacia; y, habiendo disgustado a sus propios súbditos por querer gobernar prescindiendo del Parlamento, vióse, al fin, obligado, después de muchas revueltas, a abdicar, y acabó sus días en una prisión.



Enrique V era muy ambicioso y aspiraba a ser rey de Francia, como lo era de Inglaterra. No tenía, realmente, derecho al trono francés; pero reunió un numeroso ejército y con él cruzó el Canal. Saliéronle al paso las tropas de Carlos VI, de Francia, pero él las derrotó en Agincourt, después de librar una de las batallas más famosas de la historia de Inglaterra.



La guerra de las Dos Rosas fué una larga contienda entre las regias familias de York y de Lancáster, que lucharon por la posesión de la corona de Inglaterra. Un día reuniéronse en los jardines de Temple, en Londres, los jefes de las dos casas rivales. El duque de York cogió una rosa blanca e invitó a sus secuaces a hacer lo mismo que él. El duque de Lancáster, recogiendo gallardamente el reto, arrancó una rosa roja; y de aquí tomó su nombre la guerra de las Dos Rosas.



ENRIQUE IV; EL PRÍNCIPE HAL, QUE AGREDIÓ A UN JUEZ Y GANÓ UNA GRAN BATALLA EN AGINCOURT, Y EL REY NIÑO QUE FUÉ CORONADO CON UN BRAZALETE

Un lejano pariente de Ricardo vino a ocupar el trono que éste dejó vacante con su renuncia. Como Enrique IV, que así se llamaba el nuevo rey, no tenía realmente derecho para ceñir la corona, estuvo siempre receloso de perderla, y tropezó con graves dificultades para imponer el orden en Inglaterra y Gales. Escocia le guardó perenne resentimiento por haberse apoderado, y retenido cautivo en Inglaterra, a su príncipe Jacobo (luego Jacobo I).

El joven príncipe Hal (Enriquito), como en vida de su padre le llamaban, cometió muchas calaveradas, una de las cuales le costó ser reducido a prisión por agredir a un juez. Así que subió al trono, con el nombre de Enrique V, dió rienda suelta a su ambición desmedida, y quiso ser rey de Francia, como lo era de Inglaterra. No podía acreditar derecho alguno para ello; pero reunió un gran ejército, cruzó el Canal, y venciendo todas las dificultades con que tropezó a su paso, obtuvo en Agincourt un señalado triunfo, que aprovechó para concertar su casamiento con la princesa Catalina, y dejar sentado que a la muerte de su padre, el anciano rey de Francia, se prescindiría de su hijo, y Enrique reinaría en compañía de la hija. Este tratado, tan bochornoso para la nación francesa, jamás se habría firmado si hubiera habido más unión entre los nobles, que a la sazón sólo atendían a satisfacer sus odios personales.

Pero los planes de Enrique vinieron de repente a caer por tierra, pues le sorprendió la muerte, cuando sólo contaba treinta y cinco años. Por único heredero dejó un niño de nueve meses, que sobre las rodillas de su madre fué coronado con un brazalete de ésta, a falta de corona que pudiera ajustarse a su tierna cabecita. Enrique murió cerca de París y lejos de la costa, por tanto. Su cuerpo fué llevado con gran pompa en procesión hasta el Canal, y después de cruzar éste, el fúnebre cortejo siguió hasta la abadía de Wéstminster, en el mismo orden que había guardado en Francia.

LA DONCELLA DE ORLEÁNS.—GUERRA DE LAS DOS ROSAS

Enrique VI disfrutó un largo reinado. Primeramente gobernaron sus tíos en su nombre, y durante ese tiempo perdieron los ingleses todo cuanto tenían en Francia, a causa, principalmente, de los esfuerzos hechos por la célebre « Doncella de Orleáns », Juana de Arco, que dolida de las desdichas de su patria y ansiosa de expulsar a los ingleses y ver ocupado el trono por su legítimo rey, vistióse una armadura y, enarbolando una bandera blanca por enseña, se puso a la cabeza de un ejército y supo infundir con su ejemplo a los soldados el ardor bélico de que estaba poseída. Los llevó a la victoria; pero, al fin, la desgraciada heroína cayó en poder del enemigo y éste cometió la crueldad de hacerla perecer en las llamas de una hoguera, conforme se narra en otro lugar de esta obra. Mas los ingleses no lograron reconquistar sus territorios de Francia, a pesar de que la lucha se prolongó aún muchos años.

Por entonces comenzó en Inglaterra la guerra de las Dos Rosas, que duró treinta años y fué debida a la rivalidad de las familias de York y de Lancáster. A esta última pertenecía el rey Enrique VI y a la primera Eduardo, hijo del duque de York que por descender de Edmundo de Langley, hijo de Eduardo III, alegaba tener legítimo derecho a ocupar el trono de Inglaterra. En esta guerra se dieron once batallas libradas entre el rey y la nobleza en diferentes puntos del país. Llamóse esta contienda « guerra de las Dos Rosas », porque los partidarios de Enrique VI y de la familia de Lancáster usaron una rosa encarnada por divisa, y los de la casa de York eligieron al mismo fin otra blanca.

EDUARDO IV.—LAS AFICIONES DE ENRIQUE VI.—INTRODUCCIÓN DE LA IMPRENTA EN INGLATERRA

Casi todos los nobles que comenzaron la guerra perecieron en el campo de batalla o fueron ejecutados; y, después

de muchas fluctuaciones de la lucha, fué vencido Enrique VI por el duque de York, primer rey de esta dinastía, el cual entró a reinar con el nombre de Eduardo IV. El monarca vencido vivió aún mucho tiempo prisionero en la Torre, y murió miserablemente en ella.

Si Enrique VI merece censuras por su debilidad como gobernante, es, en cambio, digno de loa por su afición a las letras y a las bellas artes. Fundó la gran escuela de Eton y el Colegio del Rey, de Cámbridge. Su esposa, Margarita de Anjou, hizo cuanto pudo por ayudarle a conservar el reino para su hijo, que debía sucederle; pero el infeliz príncipe fué asesinado, y la reina, después de haber caído prisionera en Tewkesbury, fué recluída en la torre, donde pasó cuatro años, hasta que la rescató el rey de Francia, Luis XI.

Tampoco a la esposa de Eduardo IV le faltaron aflicciones. En cierta ocasión su marido tuvo que huir de Inglaterra temiendo caer en manos de los partidarios de la Rosa Roja; y la reina, en compañía de sus hijas, hubo de abandonar la Torre, donde habían vivido, e ir a buscar refugio en Wéstminster. Allí nació su hijo mayor.

Por esta época hubo un hombre en Inglaterra, que se ganaba el sustento trabajando sin descanso de la mañana a la noche en un arte nuevo. Había aprendido en Flandes a reproducir libros por un procedimiento más cómodo y rápido que la copia manuscrita. Llevó una pequeña prensa a Inglaterra, y establecido en Wéstminster, imprimió muchos libros, cuya adquisición se disputaban con avaricia los reyes y los nobles. Las primicias del trabajo de Caxton, que así se llamaba este impresor, se conservan en el Museo Británico.

RICARDO III Y LOS HIJOS DE EDUARDO IV.—ENRIQUE VII Y EL FIN DE LA GRAN LUCHA POR LA CORONA DE INGLATERRA

Al morir Eduardo IV, debía sucederle su hijo mayor, de trece años; pero éste no llegó a ser coronado, porque su tío Ricardo le hizo encerrar en la Torre, donde no tardó en recluir también al hijo menor de Eduardo. Ambos hermanos desaparecieron luego; y se asegura que Ricardo les hizo asesinar en la Torre.


CAXTON ENSEÑANDO UN LIBRO AL ABAD DE WÉSTMINSTER

Sin obstáculo alguno fué ya proclamado rey Ricardo III, que quiso agradar al pueblo convocando el Parlamento, poniendo en orden muchas cosas, fomen-

tando el comercio y dando facilidades al empleo de la imprenta. Pero todo el mundo, horrorizado, al saber la desaparición de los jóvenes príncipes, se volvió contra Ricardo, su presunto asesino, y en la batalla de Bosworth (1485) fué éste vencido y muerto por Enrique Tudor, de la familia de Lancáster, quien subió entonces al trono con el nombre de Enrique VII. Casóse este rey con la hija mayor de Eduardo IV, y así las dos familias de York y de Lancáster fundiéronse en una sola, y las dos rosas, la blanca y la roja, vinieron a formar una doble flor, llamada *rosa Tudor*.

Eduardo V y su hermano, el duque de York, en la Torre de Londres (cuadro de Pablo Delaroche, existente en el Museo del Luvre)

